

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

La fiesta del *Sanctissimum Corpus Christi*.—La Violeta (poesía): traducción de Luis Ratisbonne.—La romería de San Isidro.—La Paloma mensajera: oriental.—Bibliografía: *Ayer, hoy y mañana*; cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, por D. Antonio Flores.—Cantares.—La media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Explicación del figurin.

## LA FIESTA

DEL

## SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI.

La festividad mas solemne que celebra el mundo cristiano es la designada para honra y gloria del Santísimo Sacramento del altar.

Sagrada institución que procede del mismo Jesucristo, efectuada en su última apostólica cena, la víspera de su sacratísima Pasión.

Misterio divino, que entre todos los otros que son la base fundamental de nuestra Religión es el mas sublime, el mas grandioso, siendo al mismo tiempo la mas patente prueba de la bondad con que nos mira el Omnipotente y de su inmenso amor.

Por eso la Iglesia, nuestra madre, espera, revestida con notable magnificencia, tan gran festividad.

Todos anhelan con fervoroso júbilo la aproximación del *Sanctissimum Corpus Christi*, de ese Dios mártir y misericordioso, que bajo los accidentes de pan y vino se da á sus ingratos hijos en cuerpo y alma.

¡Oh incomprensible y supremo misterio! ¡Cuánto te debe el hombre, y cuán mal te paga!

Desde los primeros dias de nuestra Iglesia, siempre se ha rendido devoto culto al Santísimo Sacramento del altar; pero no habia una festividad particular y esclusiva para su santificación.

Esto era una falta.

Cierto número de ingratos hijos del Supremo Ser, desconociendo los beneficios que debían á su Padre celestial, se atrevieron á profanar con sus impuros labios la Santidad Eucarística.

Proferían palabras que ponían en duda y aun negaban abiertamente la veracidad de tan soberano misterio, combatiendo con impía argumentación la posibilidad de la existencia real y sustancial del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.



Estas impiedades se propagaron.

Se levantaron sectas infames á impulsos de la tentación del ángel caído, cuya soberbia rebelión fue castigada con el destierro eterno de la gloria.

Se estendieron por diferentes partes, atacando de un modo calamitoso la Religión del Crucificado, y ensañándose muy particularmente con el mas santo y sublime Sacramento.

Con el mas portentoso misterio.

Aquella perniciosa semilla fructificaba cuando era derramada sobre terreno mal preparado para el buen cultivo.

Uno de los mas acérrimos partidarios de estos errores, y que con mas impiedad contribuyó á su propagación, fue Berengario, arcediano de Angers.

Pero no era posible que el mentido eco de la heresia triunfase.

Era naturalmente preciso que tras la niebla densa de la calumnia apareciera el sol de la verdad.

Dios dirigió una mirada á su querida esposa.

Á nuestra santa madre la Iglesia.

La Providencia divina comprendió que nunca mejor que en aquella época de irreligiosas profanaciones era cuando debía celebrarse con mas suntuosidad, con mas regia pompa, con mas esplendorosa magnificencia el Santísimo Sacramento, como justísima aunque pequeña indemnización de las impiedades y desacatos que con tanta irreverencia se cometían en contra de tan adorable misterio.

Entonces, valiéndose de la virtuosa Juliana, elegida mas adelante, en el año de 1230, priora de la casa de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, el Altísimo, por medio de una visión celestial con que premió la humildad, el amor y devoción de aquella bienaventurada mujer, manifestó su voluntad é inspiró los primeros deseos de que la Iglesia honrase con una particular fiesta y octava solemne el Augusto Sacramento.

Algun tiempo despues, por decreto del Illmo. Obispo Roberto, dado en 1246, en la diócesis de Lieja, se estableció con la mayor pompa la deseada festividad.

Un grito general de alborozo exhaló la cristiandad entera.

Mas adelante, el Papa Urbano IV la elevó á fiesta de precepto.

La voluntad suprema del Altísimo estaba cumplida: la Iglesia, su esposa, celebraba una solemnidad particular en loor del sublime misterio eucarístico.

Luego en 1311 confirmó solemnemente el Soberano Pontífice Clemente V, en el Concilio de Viena, la Bula de institución de la espresada festividad, espedita por Urbano IV en 1262.

Cinco años despues el Vicario de Cristo Juan XXII hizo lo mismo.

Desde entonces, con la brillantez posible, en todo el orbe cristiano se solemniza esta fiesta particular, contribuyendo á su mayor esplendor la magnífica procesion en que se lleva en triunfo con el mas suntuoso aparato el Cuerpo santísimo del Inmaculado Cordero, real y verdaderamente presente en la consagrada hostia.

El primer juéves despues de la octava de Pentecostés fue el designado para la solemnidad del santísimo Cuerpo de Cristo.

Época deseada por todos nuestros hermanos en creencias.

Fiesta que inunda de alegría los corazones.

Dia esclusivamente señalado para la particular adoración de ese misterio tan encumbrado, que la humana inteligencia no puede concebirlo en toda la extensión de su grandeza.

Como no ha habido, hay, ni puede haber otro de mas alta importancia.

El mayor triunfo de la Iglesia.

El seguro refugio de las almas.

La salvación del género humano.

El manantial purísimo de todos los bienes.

La fe y la esperanza cristiana.

El místico pan de la vida.

La gloriosa eternidad.

No hay ventura posible sobre la tierra si de él no procede.

Todas las obras maravillosas del Altísimo en conjunto no igualan en elevada preponderancia al dignísimo Sacramento del Altar.

Esta es la razón por qué el cristiano pueblo en tan fausto dia acude con solícita diligencia á los sagrados templos, ansioso de doblar sus rodillas y humillar su frente ante la Eterna Majestad.

Allí, con religioso recogimiento, se murmura



sentidas preces, que, envueltas en el humo del oloroso incienso que se eleva en blancas espirales, son llevadas al trono de Dios.

De ese Dios justo y bueno, creador omnipotente de lo visible é invisible.

¡Qué dulcísimo consuelo recibe el alma cuando postrados ante el Supremo Tabernáculo, depósito reservado del Sacramento Santísimo, oímos las acordes y melodiosas notas del órgano sonoro, cuyas místicas armonías nos trasportan espiritualmente á la region de lo infinito!

¡Oh! ¡es un día de santo placer el designado para la celebridad de la adorable Eucaristía!

¡Con cuánto respeto es conducida la venerada custodia por altas dignidades de la Iglesia!

¡Qué de suplicantes miradas se fijan en esa espléndida joya de oro y pedrería en cuyo centro brillante va el tesoro de la Gracia Divina!

¡Qué procesion tan suntuosa!

¡Con qué reverencia se acompaña al Santísimo!

¡Qué delicado gusto en el adorno de la carrera!

¡Qué riqueza y variedad de colgaduras!

¡Qué abundancia de pintadas y perfumadas flores alfombran el piso!

¡Qué profusion de cera!

¡Con qué dulzura y unidad de voces entonan himnos de alabanzas!

¡Cómo alegra el vibrante eco de las campanas, que con sus lenguas de bronce anuncian el paso del Encarnado Verbo!

¡Qué espectáculo tan grandioso y consolador!

Lo repito, es la festividad mas eminentemente sublime la del Santo Cuerpo de Cristo, union maravillosa de lo divino con lo humano.

Manjar del cielo que purifica el espíritu del hombre y lo eleva hasta su Creador.

¡Cuántas lágrimas de gozo y arrepentimiento discurren por las mejillas de los cristianos fieles!

¡Cuántas bendiciones al Padre de las misericordias.

En ese día, ¿quién no ejerce la caridad?

¡Cómo podrá negarse una bendita limosna al misero mendigo que la pide en el nombre sagrado del Sacramento de la Eucaristía?

¡Imposible!

Ningun corazon dejará de conmoverse.

Nadie desatenderá la voz del pobre.

Del que nada posee en el mundo, pero que es rico en merecimientos para la eterna vida.

Porque el pobre es el hijo predilecto de Jehová.

La naturaleza entera se viste con sus mas pompasas galas, y ofrece sus mas preciados adornos para tan gran fiesta.

La rica espiga de grano de oro.

El anticipado racimo de jugosas esmeraldas.

El aromático azahar con su semilla de topacios.

Los claveles del Cairo mas olorosos.

Las rosas púdicas de Jericó.

Y, por último, las flexibles varas de blancas azucenas, emblemas de la pureza.

¡Cuánta fragancia y armonía recoge el aire en sus profusos pliegues!

Hasta las tiernas aves multiplican sus trinos cadenciosos.

¡Oh día de sinigual ventura para los cielos y la tierra!

Los ángeles postrados ante el trono de soles del Increado Ser, cúbrese el rostro con sus blancas alas, y prorumpen en cánticos de amor y adoracion al Santísimo Sacramento del Altar.

¡Bendito y alabado sea!

Hoy es el *Corpus Christi*.

Hoy celebra la Iglesia una de sus mas antiguas y mas grandes fiestas.

Vamos todos á orar.

Vamos á recibir su santa y protectora bendicion.

ANA MARIA FRANCO.

## LA VIOLETA.

(Traduccion de Luis Ratisbonne.)

Cuando la Primavera hizo á las flores

y á la humilde violeta

pintó con los colores

mas tiernos de su mágica paleta,

despues que le hubo dado

en cáliz esmaltado

su perfume que vence al de la rosa,

le preguntó la diosa:

—¡Oh la mas pura de mis hijas bellas!



¡Hay algo mas que tu beldad reclame!

—Sí, verdes hojas dame,

dijo la flor, para esconderme entre ellas.

TEODORO LLORENTE.

## LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

¡A San Isidro... á San Isidro!...

Tal era el grito que desde muy temprano se oía en la puerta del Sol el día del insigne patron de Madrid.

Yo quise tomar parte en el general bullicio, en la fiesta de los hijos de la coronada villa, y me encaminé, acompañado de multitud de gente, hacía el sitio donde se halla el templo que lleva el nombre de un egregio Santo.

Carísimas lectoras: no sé si este artículo os cansará, os aburrirá. Vosotras habreis asistido tambien, de todo tendreis conocimiento. Sin embargo, cubriéndome con el manto de la esquisita benevolencia que tanto os distingue, voy á permitirme referir, con las menos palabras posibles, las impresiones que recibí desde las cinco de la mañana, hora en que dejé mi habitacion, hasta las siete de la tarde, en que volví á mi casa.

El alba, desplegando bellos y halagüeños tules, fue digno atavío de un día sereno y apacible de primavera.

El cielo se mostró risueño, y la lluvia, rocío consolador que refresca y anima los lujosos valles, no asustó, cual otros años, á las doncellas que estrenaron trajes, á las severas mamás y á los vendedores que llevaron sus géneros al punto del alborozo.

Los contornos de la ermita no ofrecen novedades notables. En vez de contemplarse campos esmaltados de fragantes flores, árboles pintorescos, sonoras cascadas, bullidores torrentes; en vez de admirar praderas ornadas de escarlata y oro, planteles de hermosos jazmines, de gallardas rosas, de candidas azucenas; en vez de la animacion que reina en los vergeles, donde las plantas suspiran y se agitan á impulsos de blandos céfiros, no se observa sino aridez en la mayor parte de aquel terreno.

Lo único que sorprende es la cristalina corriente

del Manzanares, que rizando su superficie de ligeras ondas, lame con ternura las orillas casi desnudas de lozana yerba.

Confieso que me consoló algun tanto el aspecto agradable que presentaba el puente de Toledo, cuyas aguas, acariciadas lindamente por los rutilantes destellos de Febo, hacian brillar las preciosas perlas que les enviara con sus dorados hilos.

En el instante que llegué á la ermita, penetré, como era natural, en el santuario donde está la effigie del héroe cuya fiesta celebraba la Iglesia.

Despues me dediqué á examinarlo todo. Al ver los cajones de esteras y madera que ocupaban sus cercanías, figurábame estar en las famosas ferias.—Muchas provisiones habia. Los fondistas tenian allí sus puestos. Los frasquetes ó botellitas, que no escasean, antes bien abundan, en las populares verbenas, no faltaban en la romería.

Los buñuelos, manjar del honrado menestral y del opulento magnate, eran soberanamente engullidos por fervorosos aficionados, ni mas ni menos que si fuesen esquisitos dulces.

Escusado es decir que se hallaban tambien los célebres torrados, las conocidas rosquillas de Fuenlabrada, los cantaritos de leche de las Navas, imágenes de San Isidro, pitillos para aturdir los oidos, juguetes, cacharros, y todo ese largo cortejo de cosas y de artículos que nunca se echan de menos en este género de fiestas.

Pero lo que mas escitaba la curiosidad de ciertas gentes era el vino, colocado en confuso desorden, y que empezaba á animar las fisonomías de los adoradores del mosto; pues sabido es que la bebida, que el rico Valdepeñas y el sabroso Arganda, á pesar de ser muy bueno, suele, merced á la reprehensible profanacion de codiciosos traficantes, trastornar la cabeza de hombres calaveras, y volver tontos á infelices jornaleros, y producir quimeras y desastres sin cuento.

Rótulos, modestos unos, extravagantes otros, ostentaban aquellos cajones, en los cuales tomaban asiento numerosas familias, algunas con cierto temor por la manera facilísima con que se aligeran los bolsillos pagando las cosas á gusto de los bondadosos dueños que las reciben.



¡Cuántas mesas improvisadas se veían!... Aquí se encontraba un grupo que tenía por galas inocentes ángeles, ocupado en abrir hermosas naranjas, con cuyas cáscaras triscaban los párvulos; mas allá un corro de almas sabrosamente entretenido, que despachaba lo que contenían algunos platos.

No podía darse un paso sin tropezar con seres dedicados á llenar el estómago. Los semblantes de los concurrentes revelaban el gozo de que estaban poseídos.

¡Qué ruido se advertía!... ¡Qué espectáculo tan interesante ofrecía aquella inmensa muchedumbre, que, en agitación continua, poblaba los lugares en que yo me hallaba!...

Ciegos con guitarras y bandurrias destempladas, como algunas de las cabezas de ciertos prójimos atrevidos, tocaban jotas y manchegas á festivas parejas, las cuales hacían piruetas de lo lindo.

¡Qué saltos tan estrambóticos daban! ¡Qué gestos, qué posturas, qué contorsiones se notaban!... El mosquito puede decirse que los impulsaba á traspasar los límites de la prudencia, virtud que debe presidir siempre los recreos del hombre.

Soldados de nuestro ejército lucían sus uniformes, revueltos y confundidos con los hijos del pueblo, sin duda para protestar contra los que quieren establecer un odioso antagonismo entre el militar y el paisano. También danzaban henchidos de regocijo.

Bailes de candil y bailes llamados *del día*, por cuanto siguen de cerca las evoluciones de la moda, era un furor los que presenciaron mis ojos.

La pradera, desnuda de rumbosa alfombra, de vistosos tilos y de sauces de selectas ramas, se encontraba, sin embargo, llena de amantes del bullicio, de jóvenes que soltaron el estropajo, de modistas que dejaron la aguja, de obreros que limpiaron el sudor de pesadas tareas, de estudiantes que cerraron los libros, de mancebos llamados *pollos*, de ancianos coronados de canas, de graves y respetables papás, de jugadores que mostraban su habilidad, de personas turbulentas, de damas encopetadas, de gentes no vulgares por su posición social.

Mientras yo discurría y daba vueltas y fijaba mi atención en tantos y tan diversos objetos, carruajes de plaza, berlinas aristocráticas, ómnibus y calesas

aumentaban el número de los concurrentes, descendiendo de sus asientos los que iban á participar del universal júbilo.

¡Quién podía negar que todos los rostros sonreían, que sonoras carcajadas se escuchaban, que chispeantes conversaciones se sostenían?... Con reparar que los columpios agitaban continuamente á sus favorecedores, que en ellos se colocaban fregatrices y señoras, muchachos y paletos, caballeros y humildes artesanos, cualquiera se convencería de que el entusiasmo era indecible.

Bien pronto conocí los efectos del Valdepeñas en las desgracias que sucedieron y en algun pobre hombre que vacilaba sobre sus pies, y cuyos ademanes hacían reír.

Como yo, queridas lectoras, pertenecía á las filas de aquella tropa de seres, tenía que pensar necesariamente en tomar algun alimento, y á este fin me encaminé á una de las casuchas engalanadas con jamon, merluza y otra porción de menudencias.

Cansado de tanto andar, lo primero que hice fue sentarme en una silla de paja, bastante estropeada por cierto, y apoyar los brazos en la mesa de pino que tenía á mi derecha. Pedí lo que me pareció mas conveniente, y el mozo, algo cachazudo y pesado, me sirvió lo que le exigía por mi dinero. Terminado uno de los actos mas indispensables de la vida, me propuse no separarme de aquel cajon, y permanecí unas tres horas conversando con un amigo que la casualidad me depuso.

Si alborozo y ruido se sentía fuera, en el gran espacio despojado de elegantes frondas, en los alrededores interceptados de almas, no había menos algazara en el pequeño local en que pasé algun tiempo.

Dos hileras de mesas tenía el recinto, y todas ellas estaban ocupadas por personas de buen humor. Los sonidos de las botellas y el estruendo de los platos se confundían con los acentos y las risas de los concurrentes, música extraña que denotaba el entusiasmo de personas reunidas para solazarse y divertirse, por mas que en muchos casos la cabeza se turbe y el corazón reciba terribles heridas. Pero los hombres no se paran en barras siempre que se empeñan en traspasar el círculo de sus deberes.



Cuando salí de mi comedor, igual movimiento advertí. El mismo flujo y reflujo de antes, la propia animación, idénticos cuadros, gentes cruzando por aquí, familias reclinadas allí. Vehículos y carrozas seguían trayendo partidarios de la romería.

Así, lejos de disminuir, acrecía aquel mar de carne humana, cuyas oleadas empezaban á marearme, y me resolví á abandonar, no con pesar mío, un paraje en que esplayé mi ánimo.

Los caminos apenas se veían por las nubes de polvo que formaban los cajones ambulantes. En lugar de meterme en uno de esos coches, me fuí á la capital conducido por mis pobres piernas, por considerar mas saludable, mas higiénico, mas natural ir á pie. Pero en esto no todos opinan lo mismo, y por eso hacen su agosto, como vulgarmente se dice, los dueños de esos enormes carruajes en que caben, aunque vayan oprimidos y sudando la gota gorda, quince ó diez y seis personas.

No teniendo gran prisa, hice mi viaje sin apresurar el paso.

Ideas mil se agolparon á mi mente, algunas de las cuales debo consignar en este artículo.

Un hombre oscuro, que murió hace siglos sin grandeza, sin palacios, sin trenes, sin importancia social, viene siendo aclamado y bendecido por las generaciones que se suceden desde la época en que dejó de existir.

Alejado por su condición de los espléndidos salones de los magnates, despreciado de los que ignoran la sublimidad de la vida cristiana, su memoria vive en el corazón de todos los buenos.

Isidro, ese varón recto, generoso, magnánimo; ese pobre trabajador que se dedicaba á las faenas agrícolas, que pasó sus días sin ser conocido en las populosas ciudades, como los potentados y los sabios, ha subido, sin embargo, desde las profundidades de su humildad hasta las cumbres de la eterna ciencia, hasta la última esfera de la gloria de los escogidos de Dios.

Y ¿qué hizo para adquirir este galardón?... ¿Qué acciones practicó para ceñir sus sienes inmortal diadema, para poseer los claros timbres que jamás alcanzarán los que siembran el luto en el seno de los pueblos y de las familias?...

Precisamente las que tachan de fanáticas los sectarios de la impiedad.

Este noble labrador ajustó su conducta á la moral evangélica, magnificó al Hacedor Supremo, corrió con paso firme por los senderos del bien, y abrió su corazón á las suaves expansiones de la fe cristiana.

Por eso el nombre de Isidro es venerado por el universo católico.

Por eso las futuras edades, al admirar como las pasadas sus insignes prendas, rendirán, sí, entusiasta tributo al modesto, al ilustre, al valeroso campesino cuyos hechos le reportaron la inmensa celebridad que goza en el mundo.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

## LA PALOMA MENSAJERA.

### ORIENTAL.

Blanca paloma, que mi amor conoces,  
Rápida hiende la región del cielo,  
Llega al alcázar de mi hurí divina,  
Búscala amante.

Hace ya tiempo que con vuelo tardo,  
Triste retornas sin traerme de ella  
Ni una flor sola, ni su amor me dice  
Plácido arrullo.

¿Es que á sus rejas, cual solía un tiempo,  
No espera ingrata tu feliz llegada?  
¿Temes acaso de mi hurí el hechizo?  
¡Pobre paloma!

Si es que dormida sobre lecho blando  
No escucha, en sueños, tu gemido triste,  
Toca, no temas, mi, de amor latente,  
Cándido pecho.

Ella despierte cuando el eco undoso  
Lleve tu arrullo, que mi amor repite;  
Sienta en sus labios, despertando al día,  
Ósculo tierno.

Vuela, paloma, y en sus manos deja,  
Este de flores, oloroso ramo;  
Dicen sus hojas con matices vivos,  
¡Cuánto la adoro!

Vuela, no temas; si en el ancho espacio



Fiero te sigue gavilan maligno,  
 Hierro de muerte, por amor lanzado,  
 ¡Hiera su pecho!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Valencia, 1855.

## BIBLIOGRAFÍA.

### AYER, HOY Y MAÑANA.

CUADROS SOCIALES

de 1800, 1850 y 1899,

por

D. ANTONIO FLORES (1).

Los eruditos, y otros que no lo son, entre los cuales se coloca desde luego el humilde autor de estas líneas, han dado en la tema de quejarse de la penuria de nuestra vida intelectual, matrona ilustre que antaño, y cuando el mundo era viejo, con ribetes de niño y flecos de tonto, lucía galas y donaire, presumía de gentil, y ensanchaba la esfera de lo bello con su viril fecundidad, mientras que hogaño, y cuando el mundo presume de mozo, aunque en realidad tiene ribetes de anciano y flecos de necio, viste grosero sayal como dueña mohatrerá, se disfraza con ajenas plumas, y apela al artificio y la farándula para encubrir las macas del semblante, verdadero mosaico donde campean los signos de la esterilidad y decrepitud, manteniéndose en abierta rebeldía contra los afeites y barnices de su tocado. Querella es esta que daría materia para escribir volúmenes, y aun para levantar el brazo armado de palmeta y disciplinas contra tanto y tanto malandrín del pensamiento como profana el noble santuario de las letras; pero renunciemos de buen grado á tan áspera tarea, porque nuestra pluma tiene hoy misión mas grata que cumplir, y vamos á emprenderla con íntimo alborozo, separando antes los ojos de esa avalancha de inmundicia que invade los dominios de la literatura, llevando á cuevas á guisa de bufón ó mamarracho esa especie

de verbo que en lo antiguo se llamaba *genio*, y que en estas edades de hierro pudiera llamarse cálculo, idiotismo, impertinencia ú otra cosa peor: tal es su condición exigua y desgredada.

Aquellos campos fértiles de suyo por naturaleza, labrados por la mano de inteligentes cultivadores, no dejan nunca de producir alguna planta útil y primorosa, aunque el abandono y la incuria los hayan entregado á merced de la zizaña y de las malas yerbas; y esto consiste, en que la Providencia se complace en abrigar con su mirada y su aliento las buenas semillas, y allí donde el olvido del hombre ó su ingratitud las condenan á la muerte, allí las hace retoñar, florecer y fructificar, ofreciéndole en homenaje obra tan galana, no solo para aleccionarle, sino para que guste los bienes que proporciona, de los cuales se había tal vez desheredado por inercia ó intemperancia. Así, en este presente árido é infecundo, donde todo aquel que tiene los cascos á la ginebra ha dado en la manía de meterse á genio, sin mas razón que por haber aprendido los *palotes* en la escuela, porque le han crecido bastante las melenas, ó porque presume ¡infeliz! que el mundo literario es un vivo traslado de Canaan ó Jauja, donde se puede vivir á expensas del ocio y de la droga, á estilo de pétimetre ó galopin, en este presente árido, repito, donde la ya complicada máquina de Guttemberg apenas hace otra cosa que sudar abortos éticos y trasnochados, es halagüeña y digna de loa la aparición, nada frecuente, de una de esas obras interesantes, amenas, filosóficas que, en consonancia con nuestra índole, carácter y tradiciones, responda soberanamente á las exigencias del buen gusto, y añada un nuevo timbre al blason de nuestra gloria, que no porque los tiempos con sus calamidades traten de oscurecer, dejará de ser siempre imperecedera.

Sugiérenos estas ideas la aparición de un libro á quien ya en otra ocasión hemos saludado afectuosamente desde estas columnas cuando se empezó á dar á luz, y que, terminado por completo, acaba de salir de la fecunda y bien tajada péñola del señor D. Antonio Flores; libro tan precioso y tan estimable, que todos nuestros esfuerzos serian pálidos para encomiarle, si no se encomiara á sí mismo por su lectura peregrina, y si la opinión recta y sensata

(1) Esta obra, terminada completamente, consta de siete tomos en 4.º español de mas de 300 páginas. Se halla en las principales librerías al precio de 10 rs. cada tomo.



no le hubiera proclamado de primer orden con un veredicto unánime en perfecta armonía con sus merecimientos.

El autor de estas líneas recuerda que cuando salió á plaza la parte primera de este libro, hubo un crítico, el Sr. Ferrer del Río, que dijo *se la había leído de una asentada*: yo de mí sé decir que me he leído la obra entera de corrido, y con puntos y comas, y aun algunos capítulos por cuatro ó cinco veces, fuera de las que pienso volverlos á leer y á engolfarme en ellos, que los buenos libros, como los alimentos saludables, nunca hastian ni dañan, antes bien mantienen y despiertan el apetito con deliciosa fruición; y así puedo asegurar que he esperado los tomos de esta obra como santo advenimiento, y que cuando al fin venían á visitarme, los estrechaba entre mis manos como hubiera estrechado las de su autor, á quien, dicho sea de paso, no tengo el honor de conocer.

Examinada con el estereóscopo de la razón la última obra del Sr. Flores, *Ayer, hoy y mañana*, resulta ser una fotografía precisa de tres generaciones encastilladas en un siglo, la una pacífica y feliz, sin deseos y sin ambición; la otra inquieta y turbulenta, con aspiraciones indefinidas; y la otra, bello ideal de nuestros sueños vertiginosos, feble y raquítica por el desorden de la inteligencia, por esa plétora de ilustración que, no reaccionando á favor del alma, tiene que labrar la muerte del pensamiento, ya que no por asfixia, por apoplejía. Los rasgos de carácter, los detalles, los accidentes y especial fisonomía de estas tres generaciones antagonistas, aparecen en la obra dibujados de mano maestra, palpitan, surgen del fondo con diáfana pureza, se ostentan en relieve, ora con sus perfiles graciosos, ora con sus torcidos lineamientos, y siempre con esa verdad sencilla que se hace amable por lo sincera. El fin moral de la obra, porque ya se ha apuntado que entraña un pensamiento filosófico, elevado, formando consorcio ó maridaje con el deleite honesto, se reduce, en las dos primeras partes, á señalar los flancos de dos periodos de tiempo separados en la esfera intelectual por líneas asíntotas y unidos estrechamente por lazos materiales y morales: y en la última se limita á exhibir un lienzo fantástico, trazado con superior ingenio,

donde aparece la gran máquina social trastornada y confusa, llevada á remolque por la fuerza electromotriz de un positivismo sórdido y abyecto, especie de monstruo de cien brazos como Briareo, fuente infame de horribles dolores en el presente, y elemento que ha de acarrear las grandes tempestades del porvenir. El Sr. Flores, con delicado instinto, apela á la santa institución de la familia para destruir este monstruo, concediéndola el poder de restaurar y hermostrar la gran fábrica de la vida moral, como Dios concedió á la mujer el de quebrantar la cabeza de la serpiente.

No se ha de decir aquí cuál de las tres partes de la obra está mejor desempeñada, porque todas contienen bellezas de primer orden; y aunque un criterio meticuloso y descontentadizo pudiera señalar alguna leve diferencia, es indudable que todo el libro contiene un género propio, un estilo correcto, una dicción pura, una tersura magnífica, y se halla saturado de ambiente tan agradable, que el alma discurre por sus páginas como por senderos de frescura.

Como estudio de costumbres, merece especial mención la parte primera de la obra, en que, pintándonos la sociedad de principios de siglo que el autor llama *sociedad de la fe*, ha realizado milagros su pluma, dándonos una idea exacta de su índole, carácter y tendencias, con tan maravillosa propiedad, con sencillez tan sublime, que no parece sino que ha vivido en su tiempo, que ha respirado en su atmósfera, consagrando sus años mejores á estudiarla y comprenderla, de tal manera, que no concibe el pensamiento mas hermosa perfección. En esta parte manifiesta el autor talento profundo, genio, erudición; y es de ver con qué adorable gracia aparecen en ella delineadas las figuras de nuestros mayores, tan puros, tan cándidos, tan cristianos, tan caballeros, durmiendo en brazos de la fe la siesta de la ignorancia, que es lo que llamamos inocencia, y, como tal, prenda de celestes promesas, núcleo de preciosas virtudes, y raudal clarísimo de felicidades incomparables. Esta fantasmagoría es en extremo bella; y si tanto deleita contemplar á cierta distancia la pueril simplicidad de aquella comunión humana postrada con los ojos vendados ante la fe, con la cual se destetaban los niños, se educaban los jóvenes y se jubilaban los vie-



jos, no es menos gloriosa su buena memoria, considerando que aquellos hombres ofrecieron á la patria en holocausto la iliada de nuestra independencia, empresa de alto renombre en los siglos presentes y venideros, y á la cual debe el pueblo español su progreso actual, sus instituciones y su renacimiento para vida mas superior.

Y cuenta que el autor no pretende ni por soñacion imponernos como ley la observancia en absoluto de las prácticas de aquella sociedad, ni mucho menos, al delinear sus defectos, hacer escarnio de las cenizas venerandas de nuestros antepasados; el autor se propone sin duda representarnos en un gran lienzo lo que debemos imitar y lo que no debemos seguir, dejando á nuestro cuidado la tarea de anular los elementos inútiles que puedan entorpecer nuestra marcha por el inmenso túnel de lo perfecto; y, además, parece tambien que se propone inculcar en nuestra mente la idea de que todo lo bueno que poseemos no nos pertenece con dominio tan esclusivo que debamos considerarlo independiente del pasado, hasta el punto de hacernos ingratos y desnaturalizados con esa tradicion de virtudes que existe á nuestra espalda, y que no solo es fuente de inefables venturas, sino que en todos tiempos puede contribuir á ensanchar la ola soberana de la civilizacion.

Preciso es repetirlo: la primera parte del libro del Sr. Flores encanta y seduce á las almas delicadas por su ambiente inofensivo, por su augusta simplicidad y espléndida inocencia, siendo tal la propiedad que conservan los caracteres y tal la armonía del conjunto, que no parece sino que el autor tuvo presente al escribirla aquella regla elocuentísima de La Harpe, que dice:

"Solo es hermosa la verdad, sin ella no hay obra humana bella."

Idéntico método se propuso seguir el Sr. Flores en la segunda parte de su obra, que titula *Hoy, ó la sociedad del vapor*, á fin de grabar en sus bien meditados lienzos el espíritu saliente ó culminante de las aspiraciones modernas, y los rasgos mas principales de nuestra vida social. Escusado es decir que lo ha conseguido, y por cierto de una manera altamente honrosa.

Algun ánimo escesivamente suspicaz podrá tal

vez achacar al autor defectos de pasion en el desarrollo de esta pintura; pero esta susceptibilidad, que se trae aquí á juicio porque se ha visto consignada en otra parte, carece de todo punto de razón, y el autor de estas líneas cree, al contrario, que lo que mas enaltece al Sr. Flores, lo que le acarrea mas las simpatías de aquellos que leen su libro, en una palabra, lo que le coloca al nivel de nuestros mas preciados escritores, es el acierto, la delicadeza con que ha sabido descartar su personalidad del ámbito de su obra, limitándose á estampar en sus lienzos la franca verdad, y disminuyendo piadosamente muchas de las sombras que afean y oscurecen su naturaleza.

Y tanto es así, que lejos de hacer manifestacion solemne de los vicios que nos corroen, de las miserias que nos anegan, de las pasiones que nos depravan y de las desgracias que perturban nuestra salud moral, se ha limitado á caracterizar nuestros defectos, á realizar la anatomía de nuestras faltas, dejando á nuestro arbitrio la eleccion del medicamento, el cauterio de la úlcera, la higiene salvadora; y todo esto con tan noble discrecion, con tan fino discernimiento, que los asuntos del honor han sido bosquejados por su pincel con suma honestidad y decencia, y aquellos que por su índole política ó filosófica ofrecian mas riesgos y peligros, con el colorido mas adorable y el gusto mas esquisito, por cuya razon forman las delicias del espíritu, proporcionan á la inteligencia sabroso alimento, y cautivan el corazon, evidenciando que el autor al hacer el diseño no ha querido echarla de letrado por loor, sino por corregir el pecado, segun enseña la máxima del venerable Santillana.

En cuanto á la última parte de la obra, ya se ha dicho que es puramente fantástica é ingeniosa, por mas que sus efectos sean el resultado de causas preconcebidas, cuyo detalle se encuentra en la esposicion anterior. Al desordenado movimiento de la materia y de la inteligencia, al torbellino de la locomocion, á la asfixia moral, al desequilibrio del pensamiento, y, en una palabra, al egoismo insólito, positivista, cruel y repugnante, conjura y enfrena el autor con el amuleto sagrado y poderoso de la familia, puerto único de salvacion, oasis florido de la vi-



da humana, pensil de inefables alegrías, templo donde el alma se endiosa, sol que consuela, manantial que restaura, y verdadera bienaventuranza terrestre, donde nunca son completamente amargos los destinos humanos.

Tal es, en resumen, el pensamiento que enfeuda en la última obra del Sr. Flores: pudiera decirse con propiedad que toda ella es blanca miel labrada con reposo, dorado panal construido con paciencia y constancia, tomando para su formación la esencia mas dulce y mas pura del jardín de las letras.

A esta felicísima pintura de tres generaciones sirven de fondo, marco y engarce, una forma rica y galana, imágenes bellísimas de elocución, frase espontánea y elegante, sales primorosas, toques delicados, y un claro-oscuro esquisito, donde no campea una sola variante grosera, y donde la palabra, vaciada á pincel, se ostenta como entre diáfanos celajes y sublimes arreboles. El autor de estas líneas se permite recomendarla á los estudiosos, y á toda persona de buen gusto en general, seguro de que no han de encontrar en ella una chapucería estulta, insipiente y baladí, de tantas como se recomiendan en la gaceta, sino un libro ameno, instructivo, curioso, deleitante, acaso un verdadero monumento de nuestras costumbres, y una nueva perla con que, de hoy mas, por fortuna, se enriquece el blason de nuestra gloria literaria.

Damos la mas cumplida enhorabuena á su autor por este triunfo, digno de premio y laurel; nos la damos á nosotros mismos por haber dado ya posesion á su libro en nuestro pensamiento, y si nuestra gratitud y nuestra admiracion se abren paso hasta su alma, si nos concede el derecho de hacerle una sola súplica, no podrá ser otra mas que esta: *Que no tome todavia su licencia en la noble milicia de las letras.*

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Reproducimos con gusto los siguientes bellísimos cantares que han publicado como gaceta varios periódicos, y que su autor nos remite aumentados con otros nuevos:

#### CANTARES.

Desde tus balcones, niña,  
Se divisa el cementerio;

Cuando me encuentro á tu lado...

¡Qué pena me da de verlo!

Hablas, y el eco responde  
Á tus palabras, fugaz;  
Hasta el eco habla contigo...  
Y yo no te puedo hablar.

Negra es la noche... y arredra;  
Negra es la tumba... y espanta;  
Negros son tus ojos, niña,  
Y son la vida del alma.

Niña, las olas del mar  
Guardan perlas y corales;  
Por eso dicen los hombres  
Que tú has nacido en los mares.

El cielo que está en tus ojos  
Un sol de pureza guarda;  
Y los ojos, niña mia,  
Son el espejo del alma.

Cuando vayas á la fuente  
Y bebas el agua clara,  
No me preguntes quién es  
El ángel que... copia el agua.

Miro en la espuma tu cuello,  
En la aurora tus sonrisas,  
En los claveles tus labios,  
En las rosas tus mejillas.

Muere el sol, la noche oscura  
Va naciendo para todos;  
Yo no sé lo que es la noche...  
Hasta que cierras tus ojos.

En la cascada sombría  
Corren ocultas las aguas;  
Así las lágrimas corren  
Por el fondo de mi alma.

Dicen que cual otros tiempos  
Ni me buscas ni me quieres;



Pero tus miradas... niña,  
Me están gritando que mientes.

—  
Anoche triste la luna  
Sobre un sepulcro caía;  
Era la losa muy blanca...  
Y me acordé de mi niña.

—  
Me han dicho que rezas mucho  
Ante la Virgen de Gracia;  
Fídele... que siempre guarde  
La pureza de tu alma.

—  
En el fondo de aquel valle  
Una palomita llora;  
Cuando me acuerdo de ti  
Lloro como la paloma.

—  
Cuando dos que bien se quieren  
Gimen en la ausencia un día,  
Preguntadle al vientecillo  
Si lloran ó si suspiran.

—  
Dicen que padeces mucho;  
Que estás pálida y enferma;  
Tú padeces... y entre tanto  
Yo estoy muriendo de pena.

Madrid, mayo de 64.

A. G. GRILLO.

## LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

La niña crecía en virtudes y en hermosura, y sobre todo se desarrollaba de tal modo, que llegó un día del Corpus en que tuvo la modista que andar de prisa para vestirla de largo, pues ya parecía con los bordados calzoncitos una mujer disfrazada de niña, como que una Manola la dijo un día:

(1) Véase el número anterior.

—¡Jesús! ¡Sea tó por Dios! ¡No parece sino que esa señorita va sobre zancos!

Por lo cual fue llorando á su casa con los ojos hinchados y las mejillas mas encarnadas que dos dalias color de lumbre.

Entonces dijo la tia:

—Pues bien; despídete de los calzones, del colegio y de las amigas que allí tengas. Á ropa larga, sogá corta.

Y se encerraron las dos en casa, pasando los días de verano en los cenadores, y los de invierno en la hermosa galería de cristales.

Allí hacia la niña preciosas labores, bordados de todas especies, y unas flores tan bonitas, que parecían acababan de cogerse en un delicioso jardín; así es que todas las urnas se renovaron, y á todos los Apóstoles se les puso en la coronación su ramo, á guisa de mata-pollos, y se hicieron pantallas para los quinqués, y grandes florones para la Historia sagrada.

Eran las habitaciones celdas de monja, hasta con sus perfumes de incienso. Gloria daba asomar la cabeza por aquellas puertas; pero como en Madrid una vida de esta especie es tan escepcional, casi daba susto dejar la animación, el bullicio, la grandeza, las galas, por un santuario de esta especie.

¿Quién, pudiendo gastar el corazón á prisa, trata de conservarlo?

¿Quién, pudiendo divertirse y gozar hasta destruir las sensaciones y el espíritu, quiere conservar el alma con la blancura de la inocencia?.....

Allí nunca se iba de baile, porque doña Inocencia, que así se llamaba la tia de Julia, lo primero que encargó en el colegio fue que no enseñasen á su niña á bailar. ¿Qué papel habia de hacer en una reunión de esta especie sin haber aprendido ese delicioso recreo?

Pero no la faltaba en qué distraerse, porque sabía música, pintura y francés: este último casi tuvo que olvidarlo, pues cuando oyó doña Inocencia que para pedir la sopa de fideos decía la niña *Donnez-moi du potage au vermicelle*, y para pedir los huevos *Donnez-moi des œufs à la coque*, hizo un gesto que parecía la habia dado un agudo dolor á los nervios.

—¡Niña! ¡Niña! ¡Por Dios que somos españoles!



—¡Pero, tia, si es moda!

—Moda, ¿de qué?

—De pedirlo todo así.

—¿Dónde se ha visto un absurdo semejante? Niña, tú has perdido el juicio.

—¡No, tia, no! En el colegio se pide todo en ese finísimo idioma, y á las labores se les dan los nombres franceses *crochet, frivolité...* ¡Esto es muy bonito! ¡Verdad?

—Tan bonito que encanta, hija mia; pero te ruego por los Santos Apóstoles que suprimas ese lenguaje. Nuestro español, nuestro castellano, es un idioma de gloria que no necesitamos cambiar por ninguno del mundo.

—Sí; pero no la entenderán á V., tia: hasta en las fondas españolas dicen las niñas del colegio que las listas de los manjares están en francés, y todo, todo se va poniendo lo mismo.

—¡Por la Virgen Santísima! Y los españoles, verdaderamente españoles, ¿cómo piden de comer?

—¡Toma! ¡Quién ignora, tiita mia, que el cocido se llama *bouilli*, el principio *viande*, la tortilla *omelette*, las anchoas *anchois*, el estofado *étuvéé*, el ave *volaille*, y todo por el estilo? Eso no lo ignora ya nadie en la corte.

—Pues, hija mia, si yo hubiese de comer en uno de esos sitios, tendria que avenirme á lo que me quisieran dar, y me haria daño solo con saber que, aunque guisado en español, se afrancesaba para darle mas mérito. ¡Qué gentes! ¡Virgen Santísima, qué gentes! En lugar de dar gracias á Dios porque los hizo nacer en la tierra mas hermosa del mundo, en la mas noble, mas generosa, mas grande, van á caza de ajenos nombres, de distintas costumbres.

Mira, Julia de mi corazon, por nada soy capaz de enfadarme, bien lo sabes, pero en volviendo á oírte otra lengua que la de tu pais, me incomodo contigo.

Guárdala para cuando tengas que leer obras de las que yo te permita en ese idioma, pues no todas se le deben dar á las niñas como tú. ¡No faltaria mas! ¡bonitos abortos dicen que salen allí, á pesar de la riqueza de su literatura!

Hija mia, ellos son ellos, y nosotros, nosotros; pero, aunque es una mala propiedad abrigar rencores, desde que aquel hombre ambicioso sacó con un arti-

ficio falaz á nuestro Rey de España para llevarle prisionero, no indico ese pais.

Desde que vi que se demolieron antiguos edificios, bellezas árabes, santuarios benditos, por el hombre que todo lo invadia á su antojo, por el que hubiera querido tener un cañon del tamaño del mundo para arrasarlo, y luego como el gallo en el circo cantar sobre su cadáver, los términos en francés no solo me atacan los nervios, sino que me descomponen el estómago.

¡Oh gloriosa, noble y valiente Zaragoza! Allí sucumbió mi padre, allí, en aquel suelo amasado con sangre de sus defensores, en aquel palenque de los verdaderos héroes, que, como los habitantes de la invicta Moscou, dejaron perder sus bienes, sus casas, sus vidas, antes que entregarse al *usurpador universal*.

(Se continuará.)

## ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,106.

*Primera figura.* Traje de glasé verde. Confeccion rotonda negra, en piqué de seda bordada con sedas y azabaches, y guarnecida de una ancha blonda y otra encima mas estrecha, cuya pegadura va cubierta con una pasamanería. Sombrero color de paja con cintas rosa, y adornado de bellotas y terciopelitos.

*Segunda figura.* Traje color lila, de glasé, rodeado de una ancha banda de color mas subido, que baja desde la cintura por ambos lados. La orilla va guarnecida con un encañonado de cinta, y el centro bordado con felpillas. Cuerpo alto con tirantes, del mismo género que la banda de la falda. Manga semiancha, abierta hasta el codo y adornada con el mismo género. Sombrero lila y blanco con flores de nácar, musgo y un nido de pájaros.

Cuello y mangas de batista con encajes.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.





*Compt. Calin*

*Maria Ines r. S. Louis en l'Algo Paris*

*A. Carvache*  
1106

LES MODES PARISIENNES



